Impacto integral de las sanciones políticas, económicas y financieras aplicadas a la República Bolivariana de Venezuela

Mincyt
Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología

COLECCIÓN **CONVOCATORIAS DE INVESTIGACIÓN**

CLACSO

La vida florece desde la alimentación

Experiencias productivas autogestionadas en Venezuela en el contexto de bloqueo y pandemia

Eisamar Ochoa, Ximena González Broquen, Mónica Pérez, Leipzig Real, Yoandy Medina, Nayralda Lobo, Alfredo Naime y Carlos Romero Bermudez

Economías populares en el contexto rentista venezolano: bloqueo económico y pandemia mundial con perspectivas latinoamericanas

La monoproducción, como modelo de desarrollo impuesto en Venezuela por el Norte Global, está delineado en la historia bajo dos esquemas: el primero, el agroexportador, con la agricultura y el sector primario de producción, donde el café, cacao y caña de azúcar eran las principales materias primas de extracción y exportación al mercado internacional, más o menos hasta principios del siglo XX; y el segundo, el esquema petrolero, cuando los hidrocarburos sustituyen a los rubros agrícolas, marcando el inicio del ciclo de dependencia de la renta petrolera, bajo la presidencia de Juan Vicente Gómez (1905-1936) (Tinker, 2014; Gerig, 2020). Ya para la década de los veinte del siglo pasado, el petróleo constituía el bien más importante de Venezuela, superando a la producción agrícola como producto de exportación, y solo ocho años más tarde nuestro país se convierte en el principal exportador y segundo

productor mundial de hidrocarburos, después de los Estados Unidos (Rodríguez, 2015; Gerig, 2020).

De este modo, la explotación y exportación de petróleo pasa a jugar un papel central dentro de la economía venezolana, generando fuertes transformaciones en la estructura interna productiva y en la subjetividad de la población, erosionando la agroproducción y además posicionando al país como un fuerte generador de capital financiero dentro del sistema global de acumulación de capital, por la elevada renta que percibe por concepto de impuestos petroleros. Debido a esta riqueza inusitada y ajena, la economía venezolana se convierte en dependiente de la renta obtenida por la producción petrolera, base ideal para la modernización y desarrollo de la nación. Así, surgen propuestas de políticas públicas como el *Programa de Febrero*, presentado en 1936 por el presidente Eleazar López Contreras, o la conocida *siembra del petróleo* pregonada por Arturo Uslar Pietri, que apuntaban precisamente a desarrollar, fortalecer y diversificar la economía nacional con la inversión directa de la renta petrolera derivada de las exportaciones a todas las esferas productivas, en aras de sostener una economía nacional diversificada, partiendo de la idea desarrollista de emplear la renta petrolera como base para impulsar el aparato productivo del país (Rodríguez, 2015; Gerig, 2020).

La producción de petróleo se convirtió en el símbolo de la economía venezolana, constituyendo un imaginario que naturalizó la dependencia hacia la renta, trayendo como consecuencia la reducción de capacidades para la reproducción material, en la medida en que acentuó la normalización del mercado neoliberal capitalista como ente gestor de la vida nacional.

Profundizando el proceso de enajenación con respecto al hecho productivo como elemento indispensable para la sobrevivencia cotidiana, incrementó la necesidad de sustituir la producción nacional con la importación de materias primas e insumos necesarios para su sostenimiento, condicionando la subjetividad de la población hacia la desvalorización de la producción interna, local

y diversificada, en favor de productos importados. Si entendemos que el imaginario nacional se constituye a partir de "la materialidad misma de la nación como hábitat dispensador de vida" (Coronil, 2002, p. 9), podemos entonces pensar que el debilitamiento que experimentaron las actividades productivas en su diversidad, a diferentes escalas, como consecuencia de la economía rentista petrolera, igualmente produjo un impacto en la subjetividad de la población que mermó las capacidades productivas y alteró la percepción sobre la necesidad de la producción como fuente indispensable para el desarrollo de la vida.

Posteriormente vemos como la polarización económica en Venezuela se agudiza entre los años 70 y 90 en adelante, con los ajustes económicos propiciados por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Una clara expresión de esta polarización, se refleja en el Caracazo del 27 de febrero de 1989, rebelión popular contra el paquete neoliberal impuesto por el gobierno de Carlos Andrés Pérez, cuyos reajustes económicos neoliberales, dejaron a la población en una situación de total dependencia, en la cual el Estado abandona sus responsabilidades sociales, dejándolas a cargo de la "mano invisible del mercado", lo que conlleva a una exclusión casi total del sistema económico "formal". Hoy podemos decir que el llamado "sector informal" es calificado así desde los años 70 por la Organización Internacional del Trabajo, pero desde nuestro continente fue recalificado en los años 80 como el sector de las economías populares (Quiroga, 2019, p. 152), siendo caracterizado como el que:

> incluye al trabajo asalariado precarizado y a los emprendimientos mercantiles autogestionados [...] [que] se los asocia [...] en comparación con el paradigma de la empresa de capital [con]: ilegalidad, escaso "capital", baja escala y productividad, escasa incorporación de conocimiento científico, falta de garantías reales para acceder a créditos bancarios, presencia de trabajo familiar, etc. (Coraggio, 2018/2020, p. 4).

Es en el marco que la Revolución Bolivariana, cuyo sujeto histórico, el chavismo, "nace históricamente cuando el Líder irrumpe interpelando el acumulado posterior al 27 de febrero que ya había proclamado virulentamente la crisis del imaginario político y la inviabilidad del modelo liberal" (López, 2015, p. 32), cuando inicia en Venezuela un ciclo de impulso a una política económica alternativa al modelo neoliberal capitalista, basada en la recuperación y redistribución nacional de la renta petrolera, que hizo énfasis en las formas autogestionadas de organización popular con fines productivos, las cuales eran consideradas "desde la economía tradicional como actores disfuncionales que existen en tanto el capitalismo y la modernidad no funcionan como 'deberían'" (Ibídem, p. 37). Tal como ha señalado Darío Azzelini (2012), la economía alternativa que se apuntó a fortalecer fue adjetivada como *solidaria, social, popular o comunal*, a partir de la premisa movilizadora de "un desarrollo sustentable basado en los propios recursos y potencialidades locales, la administración colectiva de los medios de producción y un papel más activo del Estado en la economía" (Azzelini, 2012, p. 21-22).

Luego de haber superado el golpe de Estado del 2002 y el paro petrolero del 2004, el gobierno venezolano comienza a fomentar la producción nacional y la reestructuración de la economía venezolana, para avanzar hacia la construcción de una economía endógena, solidaria y humanista, que apunta a apoyar la creación de cooperativas (Azzelini, 2012) y otras formas organizativas locales y de base.

Sin embargo, en el año 2014 se produce una abrupta caída de los precios del petróleo como parte de una estrategia geopolítica desarrollada en contra de los países productores, que impactó negativamente la renta petrolera venezolana y su consecuente redistribución (República Bolivariana de Venezuela, 2020). Ese mismo año, el Congreso de Estados Unidos impone el bloqueo económico a Venezuela, a través de la Ley 113-278 (Gutiérrez, 2019), que desencadena una oleada de medidas coercitivas que inician con la primera

Orden Ejecutiva (Nro. 13692), en la que el presidente estadounidense Barak Obama declaró en 2015 a Venezuela como una "amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional y política exterior de Estados Unidos". Desde entonces se han decretado seis órdenes ejecutivas adicionales, con sus respectivas ampliaciones y treinta y nueve actos administrativos que aplican alguna restricción a países, personas, entidades, aeronaves y buques por parte del departamento del tesoro norteamericano, todo esto con el objetivo de reforzar el bloqueo económico, financiero y comercial sobre Venezuela (Giménez, 2019; Gutiérrez, 2019; Sures, 2019a). Además, otro tipo de medidas, con los mismos objetivos, han sido tomadas por Reino Unido, Canadá, Panamá, la Confederación Helvética (Suiza), el Grupo de Lima y la Unión Europea (Giménez, 2019; Sures, 2019b).

Siendo el petróleo el principal asiento de la economía venezolana durante más de cien años, estas afecciones producen un fuerte impacto en el resto de las actividades y sectores de la economía (República Bolivariana de Venezuela, 2020). La revista *Antibloqueo* del Ministerio del Poder Popular para Economía, Finanzas y Comercio Exterior, señala que la producción petrolera del país cayó 67% desde 2014 y se estima que más del 60% de esa caída es atribuible al impacto directo de las sanciones, según estudios independientes (República Bolivariana de Venezuela, 2020). Esta crisis del rentismo, sin estar exenta de elementos causales de orden estructural, obliga a gran parte de la población a buscar alternativas para poder dar continuidad a la reproducción de sus vidas, ahora por medios autogestionados.

Para el momento en que inicia el ciclo de medidas coercitivas sobre nuestro país, más del 33% de los alimentos que ingresaban por la vía de importaciones provenían de Estados Unidos y 12% de Canadá, precisamente los Estados que han aplicado la mayor cantidad de sanciones económicas contra Venezuela. (Giménez, 2019; Navas, 2019). Entre los bienes indispensables se encuentran alimentos básicos para el procesamiento industrial, alimentos procesados e insumos para la agricultura (Giménez, 2019; Navas, 2019;

República Bolivariana de Venezuela, 2020). Esta fuerte dependencia de nuestra economía de insumos y tecnologías extranjeras, así como la ausencia de una economía interna diversificada, sustentan debilidades considerables para hacer frente a la situación de bloqueo y agotamiento de la renta petrolera.

A todo esto, se suma el ataque a la moneda nacional propiciado desde el Norte Global, el cual conlleva, sumado a los diferentes factores que acabamos de exponer, a una situación de hiperinflación permanente donde los salarios, en especial de los sectores públicos, son "pulverizados" y no alcanzan para garantizar la supervivencia. En Venezuela, la llamada "crisis del salario" ha llegado a niveles tales que no permiten asegurar lo mínimo necesario para la vida, el trabajo asalariado se ha vuelto marginal con respecto a la proliferación de formas otras de asegurar la reproducción material de la existencia, consideradas como "informales" en el discurso normativo dominante, pero que se han vuelto la forma más corriente de asegurar la subsistencia.

A este complejo escenario se suma la reciente coyuntura de la pandemia por COVID-19, que ha desatado una crisis global que amenaza la vida en todas sus dimensiones, profundizando las vulnerabilidades de los sectores sociales más pobres. En el caso venezolano, la coyuntura de la pandemia ha incrementado la crisis multidimensional preexistente, profundizando aún más la situación de pauperización de gran parte de la población. El temor y la necesidad de aislamiento, se suman a la crisis económica precedente (que ha reducido hasta la insignificancia los salarios y la capacidad de compra en el mercado de los insumos indispensables para la subsistencia), y a la reciente escasez de combustible, planteando obstáculos considerables para el sostenimiento de la vida por los medios tradicionales. Esto ha conllevado a una situación general de "vulnerabilidad del empleo", en la cual se calcula que 4 a 5 millones de personas viven actualmente de la economía llamada "informal" (Gavazut, 2020).

Al profundizar la situación de crisis, esta coyuntura está obligando a las poblaciones a organizarse y desplegar su capacidad creativa para reinventar estrategias diversas orientadas al desarrollo individual y familiar, desde las capacidades y recursos propios. En este contexto, se evidencia el empoderamiento sobre la producción y procesamiento de alimentos con importancia vital.

El efecto combinado del bloqueo económico y la coyuntura de la pandemia son una amenaza incuestionable que marca un punto de inflexión en el cual el escenario de crisis multidimensional ha implosionado la emergencia de experiencias de producción y procesamiento autogestionado de alimentos, que surgen como alternativas para resolver las necesidades que permiten asegurar la subsistencia. Aunque no podemos dejar de lado el hecho de que muchas de estas experiencias también han emergido por motivaciones diferentes a las necesidades económicas derivadas de la crisis, lo cierto es que estos procesos son parte de una realidad que cobra cada vez mayor fuerza en América Latina y el mundo, ante la actual crisis sistémica y el cada vez más profundo proceso de precarización de las condiciones de vida de las mayorías. Tal como señala María Fernández:

> la experiencia de la precariedad constituye la base para el desarrollo de estrategias individuales y colectivas de "ganarse la vida" desde las que las personas buscan mejorar su bienestar –material y emocional– y el de las generaciones futuras que incluyen modalidades de aprovisionamiento o cuidado comúnmente consideradas ´no económicas´ e involucran sistemas colectivos para sostener la vida (2018, p. 22-23).

Es importante destacar aquí también, en base a los análisis de las economías feministas, que, a partir del desvelamiento del diferencial de explotación de las mujeres (Gago, 2019, p. 125) dan a ver como el trabajo no remunerado invisibilizado a través de la naturalización de género siempre hizo parte del sistema capitalista, quien lo instrumentalizó y redujo a su dimensión de reproducción

de la fuerza de trabajo (Federici, 2013, p. 40), las rupturas en las estrategias dicotómicas del sistema moderno, que opone el espacio doméstico al espacio privado, el trabajo productivo al trabajo improductivo, el trabajo remunerado al trabajo no remunerado, que han conllevado a la elaboración de nuevos paradigmas que permiten pensar el contínuum reproductivo-productivo desde la idea de sostenibilidad de la vida.

En este marco podemos entonces decir que el abanico amplio de experiencias que se encuentran produciendo desde la autogestión, abarca aquellas que pueden incluirse en la concepción de la Economía Social y Solidaria, que como señalan Florencia Bertolotti y Eliana Ortubia (2020) tienen como lógica de funcionamiento la reproducción ampliada desde la construcción de otras economías centradas en el desarrollo de la vida de forma integral; como aquellas que se categorizan dentro de las economías populares, que operan como alternativas diversas al trabajo asalariado, desde la creatividad e innovación popular. Existe la idea movilizadora común de que es necesario producir para poder vivir. En un tal sentido la definición de Coraggio de Economía Popular podrá servirnos aquí para entretejer los diversos hilos comunes de estas experiencias heterogéneas:

> La Economía Popular es la economía de las y los trabajadores, de las y los que viven o quieren vivir de su trabajo, la economía de sus familias, comunidades, asociaciones, redes y organizaciones. De los que tienen recursos materiales acumulados limitados, que dependen fundamentalmente de la continua realización de su fuerza de trabajo para sobrevivir y sostener proyectos de vida digna. Su unidad elemental de organización es la unidad doméstica, lugar inmediato de reproducción de la vida humana (Coraggio, 2018/2020, p. 7).

Entendiendo entonces la unidad doméstica más allá de los hogares, constituida por redes, actividades y vínculos que se tejen para solventar las necesidades comunes, y en donde hay todo tipo de

trabajo, desde trabajos domésticos no remunerados, emprendimientos individuales, familiares y/o comunitarios, destacando como -y este es un punto importante porque va en contra de una cierta idealización utopista de los mismos- en la misma pueden existir inequidades aún cuando el objeto es la reproducción de todos los miembros que éstos engloban. (Quiroga, 2021), podemos plantear que muchas de estas experiencias están motivadas por una búsqueda de recuperación de capacidades para la definición, por cuenta propia, de "los cauces, escalas y ritmos de la vida, de su cuidado y reproducción" (Gutiérrez, 2017, p. 119). Es decir que se trata de experiencias que enfatizan la centralidad y la soberanía sobre el propio trabajo.

Cabe destacar también que estas experiencias se articulan en el ámbito de las microeconomías, que involucran sujetos que ejercen el trabajo, ya sea de manera individual o colectiva, en función de producir bienes o servicios para el autosustento, principalmente de la familia, pero que también exceden e irradian poblaciones locales y comunidades, lo que en suma viene resolviendo a pequeña escala aspectos materiales y vínculos afectivos y efectivos en el marco de las relaciones de intercambio de alimentos, acciones, que, sin duda motorizan a su vez aspectos de la economía a mayores escalas. Estas experiencias pueden así entenderse entonces como alternativas políticas y existenciales para la construcción de otros modos de existencia en un sentido amplio (Gago *et al.,* 2018), como experiencias de economías para la vida, que buscan "avanzar con esa orientación en superar la suma de experiencias aisladas, pasando del nivel micro al nivel meso, construyendo subsistemas orgánicos multiescalares de Economía Popular Solidaria comandados por sujetos colectivos con un horizonte sistémico" (Coraggio, 2018/2020, p. 13).

Sin embargo, cabe destacar que estas economías son sistemáticamente captadas por el resurgimiento de la lógica del emprendedurismo neoliberal, aquí calificado de "popular", enmascarada tras el discurso del "impulso a la iniciativa libre, la

auto-empresarialidad, la responsabilidad de sí y la centralidad de la figura del consumidor" (Bertolotti y Ortubia, 2020, p. 76). Tal como lo señala Coraggio:

> Una de las estrategias neoliberales es aplicar formas de biopolítica, con el objetivo de organizar y dar sentido al conjunto de nuestras vidas mediante la combinación del sentimiento de insatisfacción ilimitada, de riesgo amenazante, de inseguridad, de angustia permanente, pretendiendo integrarnos no ya por el trabajo para todas y todos sino por el consumo desigual (y el endeudamiento), por un lado, y la proliferación de ideas y programas para el emprendedurismo individualista, antisolidario, meritocrático, competitivo, que responsabiliza a cada individuo por su suerte, evitando comprender los efectos del sistema capitalista (Coraggio, 2018/2020, p. 13).

En base al complejo contexto histórico venezolano y tomando como referencia las experiencias feministas latinoamericanas y los debates teóricos en torno a las formas económicas populares y alternativas que apuntan a la autogestión, desarrollamos el presente ensayo, fruto de la Beca CLACSO/MINCYT "Impacto integral de las sanciones políticas, económicas y financieras aplicadas a la República Bolivariana de Venezuela", conjuntamente desde el Centro de Estudio de Transformaciones Sociales del IVIC y la Fundación de Investigaciones Sociales Diversidad, con la colaboración del Centro de Estudios de la Ciencia del IVIC. Esta investigación conjunta, cuyos resultados dan cuenta de una gran diversidad de modelos organizativos alternativos colectivos, basados en formas diversas de producción local autogestionada, en donde la producción y procesamiento de alimentos tiene una importancia primordial y de amplia multiplicación, se realizó en base al análisis de una serie de experiencias de producción y procesamiento de alimentos que han sido reconocidas a través de una encuesta virtual, aplicada desde el mes de octubre del año 2020 hasta el mes de julio del 2021. El presente ensayo, y en particular los análisis desarrollados

en las secciones siguientes, se sustentan así en el estudio estadístico "Experiencias autogestionadas de producción y procesamiento de alimentos en Venezuela, en el contexto de las sanciones internacionales y la pandemia por COVID-19"[1] realizado en el marco del procesamiento de dicha encuesta.

Producir desde el alimento en Venezuela: de la escasez a la innovación y sus sendas autogestionarias

Acercarnos a un número importante (más de 500) de experiencias de producción y procesamiento de alimentos, nos ha llevado a encontrar diversas formas de sortear las dificultades de la época y contexto que vivimos, así como las múltiples motivaciones que hoy son el motor de vida social y económica de gran número de familias venezolanas. La innovación y la creatividad, están intentando reinventar modos de gestión para el alimento y en definitiva para la vida. Las afectaciones derivadas del contexto geopolítico venezolano dan cuenta de la crisis global sistémica, siendo muestra de cómo el modelo civilizatorio neoliberal y capitalista viene generando vacíos y grandes dificultades para el sostenimiento material. Sin embargo, estas experiencias, cuyas economías rondan más la idea de la propia generación de ingresos, vienen a suplir las deficiencias y despojos del sistema en crisis. Adicionalmente, esta idea nos lleva a la "hipótesis: es justamente ese modo de operar sobre la desposesión múltiple lo que abre la brecha de autoorganización del trabajo y en particular la composición con elementos que hacen posible un tipo de subjetivación noneoliberal" (Gago, 2016, p. 192-193).

Así, las sanciones internacionales, que vienen gestándose sobre Venezuela desde el 2014, aunque oficialmente se conocen desde el

[1] El informe de dicho estudio puede ser consultado en el siguiente enlace https://drive.google.com/file/d/1c5i3bDIgBaNxJvUCdK8gr-D1yRh4SUIV/view?usp=drivesdk

año 2015, han multiplicado las necesidades y contradicciones en la sociedad, pero a su vez vienen motorizando soluciones sociales y económicas para el desarrollo de la vida.

Los análisis presentados aquí buscan ser una ventana para abrir el debate sobre el contexto geopolítico actual y las afectaciones directas e indirectas sobre las experiencias productivas de pequeña escala que las sanciones internacionales han generado, agudizando la crisis global sistémica, siendo muestra de cómo la crisis y el modelo civilizatorio neoliberal y capitalista viene generando vacíos materiales, cuestionamientos éticos y contradicciones sociales que marcan el enclave de las luchas de movimientos y sectores de nuestra época.

Una primera caracterización general de las experiencias de producción y procesamiento de alimentos encuestadas, nos permite ver cómo en Venezuela, en el contexto actual, las actividades de producción y procesamiento de alimentos son protagonizadas por una amplia diversidad de sujetos, habitantes de diversos territorios (urbanos, rurales y periurbanos), distribuidos a lo largo y ancho del territorio nacional, pertenecientes a diferentes grupos etarios, en donde las mujeres representan aproximadamente el 60% de la población encuestada. Estas experiencias operan como unidades productivas de tipo familiar, colectivo, individual o comunitario, encontrándose, en muchos casos, articuladas dentro de redes y circuitos productivos más amplios, aunque de pequeña escala, que tienden a impactar mayoritariamente el ámbito local. En cuanto a las formas de organización, lo primero que resalta es que una importante mayoría son emprendimientos desarrollados por familias que están buscando soluciones alternativas o complementarias para cubrir sus necesidades económicas y alimentarias. En segundo lugar, se encuentran las experiencias productivas de carácter individual y seguidamente se encuentran otras experiencias de carácter comunitario o comunal y colectivas, que están buscando generar soluciones a sus necesidades, desde las redes de cuidado.

Cuando discriminamos los diferentes tipos de experiencias productivas en el área alimentaria por regiones, notamos que, en los sectores urbanos y periurbanos, predominan las experiencias productivas familiares e individuales, mientras que en los sectores rurales predominan las experiencias productivas familiares y comunitarias o comunales, existiendo una menor tendencia hacia la producción individual. También notamos que las de tipo colectivo se encuentran predominantemente en los sectores urbanos. Esto puede estar relacionado con el hecho de que en la región Capital y en los sectores urbanos a nivel nacional, se encuentran numerosas organizaciones y movimientos sociales, autoreconocidos como colectivos, que se encuentran articulados en función de la producción de alimentos. También puede hablarnos de las generaciones jóvenes que han migrado del interior del país, dejando sus núcleos familiares y su territorio de origen para establecer en las ciudades nuevas formas de desarrollar su trabajo, generando otras formas de asociación.

En relación al tipo de organización jurídica al que corresponden las experiencias de producción y procesamiento de alimentos, cabe destacar que un poco menos de la mitad no poseen registro legal, lo que podría incidir en la dificultad de acceso a financiamiento, asesoría técnica, bancarización y mecanismos de pago electrónico, entre otros. En segundo lugar, destaca la importancia de las unidades de producción familiar (UPF) y los consejos comunales o comunas, afirmándose la tendencia hacia lo "familiar" y lo "colectivo" en estos emprendimientos. También son características en las experiencias encuestadas figuras como: firmas personales, compañías anónimas, cooperativas, empresas de propiedad social (EPS), fundaciones y asociaciones civiles, entre otros de menor presencia.

Casi el 70% de las experiencias de producción y procesamiento de alimentos encuestadas comenzaron a desarrollarse durante el período de crisis, tanto por las medidas coercitivas unilaterales como por la pandemia. También queda claro que existe

un importante número de personas (cerca del 30% de las personas encuestadas) que tienen una larga experiencia en las actividades de producción y procesamiento de alimentos, y que desde la autogestión y sus propias capacidades y conocimientos han logrado sobrellevar los efectos de la crisis.

A pesar de que una gran mayoría de estas experiencias comenzaron a desarrollarse en el marco de la crisis económica, derivada del efecto combinado de las medidas coercitivas internacionales y de la pandemia por Covid-19, la principal motivación para realizar la actividad no son las limitaciones económicas. Podemos afirmar que la principal motivación es de carácter vocacional (con casi un 60%), lo que da un mayor sentido de pertenencia y garantiza un esfuerzo de largo aliento a pesar de las dificultades y riesgos que toda actividad productiva enfrenta en su etapa inicial.

Sin embargo, los problemas económicos siguen siendo un factor determinante para decidir iniciar o ejercer estas actividades y se ubican en segundo puesto con bastante distancia de la motivación vocacional. Igualmente, se expresa el interés altruista "para ayudar a otras personas" entre las motivaciones destacadas y una parte de las personas abordadas manifestaron las tres motivaciones: pandemia, problemas económicos y ayudar a las personas. Lo que demuestra que la difícil situación económica, agravada por la pandemia, ha motorizado una postura de solidaridad y ayuda mutua. En el análisis de las preguntas abiertas de la encuesta se comprobó que muchas personas también se dedicaron a las actividades de producción y procesamiento de alimentos durante la pandemia, porque las dificultades y limitaciones a la movilidad les impedían acceder a sus antiguos espacios de trabajo.

La mayor parte de las personas encuestadas (un 70%) indica comercializar su producción. Mientras que para otro número importante de experiencias productivas el siguiente destino más importante de lo producido es el consumo personal y familiar (casi 65%), lo que implica que las personas están destinando una parte importante de la producción para el autoconsumo, dando

satisfacción directa a sus necesidades alimentarias desde lo que producen. Consistentemente con la motivación de ayudar a otras personas, una parte un poco superior al 15%, distribuye su producción de forma directa, donándola a otras personas. Finalmente, una última parte, inferior al 10%, manifestó diversas formas de distribución, donde destacan los intercambios con los vecinos y comunidad, la distribución desde intercambios formativos; hasta algunas personas que manifestaron no tener producción actualmente para distribuir, lo que puede ser un indicio sobre la inconsistencia productiva de algunas experiencias, ya sea por dificultades generadas por la crisis o por poseer otras fuentes de ingresos principales o paralelas; por supuesto cabe la posibilidad de presentarse ambas situaciones. En síntesis, en cuanto a los circuitos de comercialización, se aprecia que lo que se comercializa va dirigido principalmente a la comunidad más cercana al lugar donde se ejerce la actividad, principalmente de forma directa, sin intermediarios, lo que no solo satisface necesidades, sino que se hace de forma solidaria y al mejor precio; y, en segunda instancia, participando en ferias o mercados locales. De esta manera, y del surgimiento de esas dinámicas propias, se reconstruyen lo que podríamos llamar circuitos de alimentación y redes de intercambio, que identifican la necesidad de manejar canales directos de distribución de estos a través de ferias y mercados u otros medios planificados de intercambio. Este proceso incluye mecanismos de autovaloración, como, por ejemplo, los sistemas participativos de garantía de calidad, donde son los actores interrelacionados productores-consumidores los que le otorgan valor y cualidades a los alimentos, generando una diferenciación sustancial entre la producción local diversificada y los parámetros de la industria.

Entonces se trata mayoritariamente de experiencias productivas de escala local y de distribución directa y, tal como veremos más adelante, las personas destacan sistemáticamente que, en el contexto actual, existen grandes limitaciones para la movilidad, que impedían o impiden ampliar el rango territorial de distribución de

la producción. Muchas personas manifestaron tener la intención de ampliar ese rango, lo que implica que el carácter local no necesariamente es por voluntad, sino porque la realidad concreta de movilidad determina que así sea.

En cuanto a los medios de distribución, casi el 70% de las personas encuestadas distribuye la producción desde el mismo lugar donde produce; más del 30% utilizan transporte público; cerca del 20% entregan sus productos en vehículo particular, otros utilizan en menor proporción sus bicicletas y más del 10% utiliza un servicio de transporte contratado o entrega a domicilio. Finalmente, también hubo experiencias que indicaron otros medios de transporte como la caminata o vehículo de personas vecinas o familiares. El hecho de que la mayoría de los emprendimientos tengan un carácter local que impacta prioritariamente a la comunidad cercana, incide en la tendencia mayoritaria a que las personas vayan directamente a buscar los productos en la locación del productor o productora, porque esto es accesible y viable.

En relación a las cantidades de productos que se distribuyen mensualmente, tomando a quienes respondieron esta pregunta que son el 67% del total de personas encuestadas, casi un 20% de personas manifestaron que venden entre 10 y 50 unidades de producción al mes, seguido de un 25 % que venden entre 1 y 10. Un 17 % indicó vender más de 50 unidades y un 12 % más de 100. Como aspecto de gran relevancia, queremos destacar que un 16 % de las personas encuestadas indicó no llevar cuentas de sus ventas, lo que indica que un importante número de productores requiere profundizar en este aspecto financiero y contable. Reflexionando sobre este rasgo resaltante vemos que, probablemente esto sea consecuencia de que muchos de estos emprendimientos iniciaron como proyectos orientados al autoconsumo, antes que a la comercialización, lo que podría estar incidiendo en el hecho de que no tengan la costumbre de llevar registros de su producción y venta.

Se evidencia así que los emprendimientos no solo tienen una pequeña escala territorial, sino también productiva. Son

predominantemente pequeños productores y productoras que tal vez requieren de apoyos diversos para poder ampliar los niveles de producción y canales de distribución.

Cuando analizamos el estimado de ventas mensuales en kilos, solo respondieron el 46% de las personas encuestadas. Es muy probable que un mayor porcentaje de personas productoras del sector agrícola haya optado por responder a esta pregunta basada en kilos, en lugar de unidades. La mayoría de las experiencias que respondieron a esta opción se encuentran produciendo entre 10 y hasta 100 kilos mensuales. Pareciera que quienes venden su producción en kilos (como las personas dedicadas a la producción primaria) lo hicieran a una mayor escala que quienes contabilizan su producción en unidades.

Igualmente, no podemos dejar a un lado como las nuevas tecnologías influyen en las experiencias consultadas, principalmente, en la etapa de promoción, comercialización o distribución de sus productos alimenticios. Se valen de múltiples mecanismos con diferentes alcances, siendo en primer lugar la comunicación personal "boca a boca", dentro de la misma comunidad, el medio de comunicación más empleado (77%), lo cual nos habla de una dinámica de mayor interrelación en una primera escala territorial; seguido por la mensajería vía whatsapp, telegram y redes sociales con un 64%. Es en este segundo punto, siendo el segundo de mayor importancia, donde nos detenemos para profundizar los aspectos más innovadores, desde un punto positivo, del uso de redes sociales y canales digitales, entendiendo que estos mecanismos generan:

> oportunidades de renovar la comunicación dentro de una región o un país, ocupar espacios y redes públicas y privadas, conectarse con circuitos internacionales, aprender de otras experiencias y empoderarse con su solidaridad. También aprovechar las fuerzas que los mensajes y usos sociodigitales inscriben en los cuerpos y en las relaciones sociales más libres [...] crean nexos cooperativos que potencian su relativa autonomía gracias a las tecnologías de uso abierto, otros modos de hacer lo común (García, 2019, p. 118).

Si evaluamos las condiciones más concretas, como una forma de dar una somera mirada a la rentabilidad de estas experiencias, vemos que más del 50% de las personas participantes de la encuesta manifestó no mantener su hogar con la actividad productiva desempeñada. Sin embargo, el porcentaje de personas que manifestaron mantener su economía personal o familiar con lo que producen fue significativo (aproximadamente un 45%). Cabe destacar las principales críticas que se le hacen a este tipo de economías o experiencias a pequeña escala, y es que estarían supuestamente encerradas sobre sí mismas, y limitadas a una dimensión local o micro-local que no les permite ni incorporarse a economías nacionales e internacionales, ni generar cambios estructurales. Sin embargo, es importante ver que estas críticas confunden la autogestión con la autosuficiencia o la autarquía, y que no conciben la economía como un proceso que puede estructurarse "desde abajo", es decir, que no conciben que lo local puede estructurarse en redes inter-locales e internacionales (Coraggio, 2020, p. 10). Asimismo, estas experiencias vienen induciendo procesos orgánicos, de bases sólidas en cuanto a que contribuyen a la diversificación productiva en pequeña escala, y por esta misma condición tienen altas posibilidades de replicarse "construyendo subsistemas orgánicos multiescalares de Economía Popular solidaria" (Coraggio, 2018/2020, p. 13).

Además, del total de personas encuestadas, sólo un 25% manifiesta no tener otra fuente de ingresos. Casi el 45% indica que adicional a su actividad productiva, trabaja en una institución pública, lo que refleja tanto que estos salarios no son suficientes para el mantenimiento del hogar, como que dentro de la administración pública se encuentra gran parte de las personas que producen y procesan alimentos en el país.

Entendemos, y así lo recomendamos, este último aspecto como una oportunidad, para efectuar planes desde las instituciones del Estado para el apoyo directo y responsable a los y las trabajadoras que vienen desarrollando de manera paralela actividades

productivas en el ámbito alimentario, buscando la complementariedad entre la labor desarrollada en el sector público y la producción individual o familiar independiente. Adicionalmente, un poco más del 20% ejerce de forma independiente otra actividad económica, lo que nos habla de personas que resuelven la necesidad de diversificar sus fuentes de ingreso por la vía independiente. Casi el 10 % posee otras fuentes de ingresos como remesas, rentas o inversiones.

Sobre la perspectiva de mujeres, jóvenes y personas mayores que producen alimentos

En cuanto a los diferentes sujetos que hemos analizado de forma específica, es decir mujeres, jóvenes y personas mayores, hemos podido ver los siguientes elementos.

En términos generales las mujeres son mayormente personas adultas, con edades comprendidas entre los 35 y 55 años de edad, que se autoidentifican principalmente como "afrodescendientes" y "mestizas" (26%) y en una proporción menor, como "blancas" (19%). Sus hogares están constituidos de 3 a 5 integrantes y participan como familia o comunidad en las actividades productivas que desempeñan. La mayoría de estas mujeres son de origen urbano y viven en las principales ciudades del país, mientras que un poco más del 10 % son de procedencia rural y periurbana.

La gran mayoría (73 %) se dedica al procesamiento de alimentos y bebidas. Concretamente se dedican a la panadería y repostería, la elaboración de vino artesanal y otros licores como ponche de crema, al procesamiento de cacao, elaboración de salsa y dulces criollos e internacionales, además son productoras de rubros primarios y de insumos para la agricultura, siembran maíz, berenjenas, café, cambures, cacao, cactus y lombrices. Esto pudiera indicar un real empoderamiento de las mujeres sobre las actividades de producción y procesamiento de alimentos en Venezuela,

que ya no estarían exclusivamente relacionadas al ámbito de las actividades domésticas invisibilizadas y subvaloradas, sino practicadas y valoradas como trabajo productivo.

Sin embargo, este empoderamiento no parece concretarse, en todo caso por ahora, en el desarrollo de una mayor autonomía económica de las mujeres encuestadas, ya que muchas de ellas indican que no logran mantener económicamente sus hogares con sus actividades productivas, la mayoría trabaja en otras cosas, principalmente en el sector público, lo que da muestra de que las mujeres están asumiendo varias jornadas laborales para poder subsistir. De ser así, lo que estaríamos viendo en estos momentos es que, tanto las consecuencias del bloqueo como la pandemia, están configurando una situación en la cual las mujeres están sobreexplotadas, sobre todo si pensamos que en Venezuela las mujeres tuvieron que encargarse, además, de asumir la educación de sus hijos e hijas, ya que los centros educativos permanecieron cerrados desde el inicio de la pandemia. Esta afirmación pareciera reforzarse con la expresión del sentimiento "sobrecargada" la mayor respuestas de las mujeres encuestadas, por encima de los hombres, así como cabe aquí también destacar que en todos los sectores etarios son las mujeres quienes manifiestan en mayor medida que las labores domésticas les quitan tiempo para producir, lo que podemos interpretar como una consecuencia de la división sexual del trabajo, en la cual las mujeres tienden a ocuparse de las labores domésticas y de cuido en mayor proporción que los hombres, además de sus otras actividades productivas.

Es importante ver que las mujeres encuestadas indicaron mayoritariamente haber empezado sus actividades en el lapso de entre 1 y 5 años y más recientemente hace 1 o 2 años, lo que muestra que el inicio del trabajo productivo precisamente coincide con la crisis desatada tanto por el impacto de las medidas coercitivas unilaterales, como por la pandemia. Cabe destacar sobre este punto que, las mujeres indicaron explícitamente que las sanciones han impactado negativamente sus actividades productivas, resaltando

como principales consecuencias las pocas ventas y el precio elevado de los insumos requeridos para la producción. También señalan que, por la pandemia, sus actividades definitivamente no les permiten cubrir sus necesidades.

Sin embargo, es importante ver que las mujeres encuestadas indicaron que, ellas mismas son el principal sostén y responsables del hogar, señalando en algunos casos el aporte de "mis hijos" y "otros familiares". Esto pudiera dar cuenta del hecho de que, en Venezuela, las mujeres tienden a ser jefas de hogar, siendo ellas mismas responsables totales y en algunos casos con apoyo de sus familias en el mantenimiento de sus hijos e hijas, lo que vendría a reforzar la hipótesis de la existencia un patrón dominante en Venezuela de "paternidad irresponsable". Si cruzamos este dato con el hecho que, como lo hemos mencionado anteriormente, las mujeres se dedican en mayoría al procesamiento de alimentos, y, por otro lado, desarrollan sus actividades desde sus casas, podríamos pensar que el desarrollo de estas actividades productivas les sirve sobre todo para poder resolver el tema alimentario de sus hogares. Un punto importante a destacar es entonces el de las formas preponderantes que toman las experiencias productivas de las mujeres encuestadas, en el cual el tipo "familiar" es el mayoritario, seguido de la forma "individual". Vemos también que las motivaciones que fueron seleccionadas por las mujeres para desarrollar sus actividades, responden a "gustarles lo que hacen", por "problemas económicos", y finalmente "para ayudar a otras personas". Podríamos ver en estos tres criterios la constitución progresiva de otro modelo de vida, que no vincula lo económico con la maximización de las ganancias, sino con el buen vivir y la solidaridad.

Si analizamos la afectación de la vida cotidiana tal como ha sido calificada por las mujeres encuestadas, los sentimientos seleccionados que predominan son "productivas", "esperanzadas" y "optimistas", seguido de "preocupadas" y "bien". Estas expresiones dan cuenta de una actitud positiva y responsable con respecto a la realidad, quizás ligadas con la creencia mayoritaria en las mujeres

de que la situación mejorará en el futuro, tanto si se logra salir del bloqueo, como de la pandemia.

Por su parte, el análisis de las respuestas del sector jóvenes, nos permite ver que sus actividades productivas autogestionadas son vistas como oportunidades para hacer frente a las medidas coercitivas unilaterales, así como para añadir tácticas de subsistencia a sus estrategias y planes de vida ante la incertidumbre que deviene de la pandemia. Mayoritariamente se dedican al procesamiento de alimentos y bebidas, seguido por la producción primaria de rubros agrícolas como hortalizas, cereales, leguminosas, tubérculos, etc.; y también la producción de insumos para la agricultura como semillas, abonos, caldos minerales, con presencia de producción pecuaria o piscícola, resaltando aquellos involucrados en el proceso de producción cunícola, ovina, porcina y bovina. Es pertinente mencionar que, en menor medida, los jóvenes se dedican a la producción de quesos y derivados de la leche, panadería, chocolates artesanales, tecnologías para cosecha de agua y energías alternativas; mostrándonos un desarrollo distribuido en el espectro rural, periurbano y, principalmente, urbano.

Este sector plantea que las sanciones han afectado su emprendimiento productivo porque no encuentran la materia prima, los insumos necesarios, y de conseguir algunos es a precios especulativos. Al haber limitaciones en la variedad de rubros, dejan de producir de la misma manera, efecto que compromete toda la cadena productiva. A todo lo anterior debemos sumarle la falta de combustible, el aumento de la inflación, que minimizan las ventas, lo que complejiza aún más el escenario productivo autogestionado, donde se ven afectados hasta los servicios básicos (agua, gas, energía eléctrica).

Cuando se indaga sobre lo que motivó a realizar las diversas actividades productivas, resalta querer hacerlo porque les gusta, por problemas económicos, y porque ayudan a otras personas. Ahora, para las expectativas de cambio después de la cuarentena, una minoría se manifiesta con incertidumbre por no saber qué pasará

después. Sin embargo, hay una marcada idea de que el cambio será positivo y habrá aumento de la producción, mayores ventas, acceso a insumos, mayor movilidad (transporte), facilidad para transportar los productos, aumento de ingresos con las ventas y mejores condiciones de trabajo para continuar con la jornada.

En relación al estado de ánimo que las personas jóvenes manifiestan dentro de este contexto pandémico y de sanciones, observamos igualmente una actitud positiva, siendo la productividad el sentimiento que más se resalta.

Por su parte, las personas mayores constituyen el sector más vulnerable de la población. El advenimiento de complicaciones de salud, sumado a la exclusión del sistema laboral formal, somete a un riesgo considerable las posibilidades de reproducción de la vida para este sector etario. En el contexto de la pandemia por COVID-19, son precisamente estas personas quienes enfrentan mayores riesgos, complicaciones y limitaciones, especialmente cuando la amenaza del virus se combina con la situación de precariedad generalizada, que, en el caso venezolano, se ha profundizado a raíz de las medidas coercitivas internacionales que se han impuesto sobre el país. En el presente estudio, las personas adultas mayores han sido consideradas como tales a partir de los 55 años de edad.

El análisis sobre las actividades productivas en este sector pasa por desmontar la idea generalizada de la productividad en manos únicamente de la población joven y adulta. Los resultados de la encuesta nos muestran que las personas adultas mayores representan el segundo sector de importancia en materia productiva, por encima incluso de los jóvenes, ante la totalidad de la población encuestada. Una de las más resaltantes respuestas derivadas de esta población, nos indica que las personas adultas mayores tienen en mayor proporción (cerca del 30%) emprendimientos individuales, lo cual podría estar relacionado con el hecho de vivir solos o porque constituyen un sector segregado de las oportunidades amplias de trabajo. Podemos decir que la desigualdad estructural previa al confinamiento se robustece con la paralización de ofertas

laborales, sobre todo en estos sectores ya segregados de los ámbitos productivos, y que en la mayoría de los casos no pueden depender del beneficio social de las pensiones de vejez, por lo que se ven motivados a buscar soluciones inmediatas para la vida material.

En relación con lo antes mencionado, cabe destacar que el sector etario con un mayor porcentaje de personas con condiciones de discapacidad y patologías es el de personas adultas mayores, mostrando evidentemente mayor grado de vulnerabilidad ante la amenaza sanitaria. Asimismo, cualquier limitación física o mental afecta la posibilidad de desarrollar exitosamente las actividades productivas, lo que indica que este sector etario presenta mayores dificultades para su autosostenimiento en términos económicos. Precisamente, este sector fue el que afirmó en mayor medida que no pueden sostener sus hogares con la actividad productiva que realizan, lo cual les obliga a desarrollar más de una actividad económica y, probablemente, a requerir en mayor medida el apoyo de otros familiares y/o personas cercanas. Sin embargo, la población de personas adultas mayores es la que tiene mayor proporción (cerca del 30%) de emprendimientos individuales, lo cual podría estar relacionado, como mencionamos, con el hecho de que éstos tienden a vivir solos y también a sufrir mayores grados de segregación social.

Al igual que ocurre con la población general encuestada, entre las personas adultas mayores los hombres parecieran sentirse mejor que las mujeres en la medida en que ninguno señaló sentirse deprimido, nervioso o resignado. Las mujeres mayores son las únicas que manifiestan verse limitadas para producir a consecuencia de las labores domésticas, lo que pone en evidencia que en este sector etario se da una división sexual del trabajo muy marcada, en donde son casi exclusivamente las mujeres las que se encargan de la atención del hogar, además de tener que asumir otras actividades laborales, lo que sin duda incide en los estados de ánimo. De hecho, son mayoritariamente las mujeres las que señalan encontrarse imposibilitadas para producir, mientras que los hombres

indican en mayor medida que sus actividades productivas no se han afectado en nada, una consecuencia probable del hecho de no tener que asumir responsabilidades adicionales en el hogar, ni fuera de él. Una muestra de lo anterior la encontramos en que entre las personas adultas mayores son los hombres quienes identifican mayoritariamente que los insumos para la producción no se consiguen (porque son quienes probablemente tienen mayores oportunidades en términos de tiempo para dedicarse a buscarlos en los establecimientos comerciales), pero son las mujeres quienes tienen conciencia en mayor medida sobre los costos de los insumos, tal vez por ser ellas quienes administran los recursos del hogar.

A pesar de lo anterior, entre las personas adultas mayores los problemas económicos no ocupan la misma importancia como motivación para realizar la actividad productiva, que ocupan en el resto de los sectores etarios. Las personas adultas mayores producen mayoritariamente porque les gusta hacerlo y porque consideran que ayudan a otras personas. Esto demuestra un gran sentimiento de solidaridad y compromiso de ayuda mutua, a partir de la actividad productiva que realizan.

Percepciones generales del efecto de las medidas coercitivas internacionales y la pandemia por COVID-19 sobre las actividades productivas

Aunque una parte importante de las experiencias de producción y procesamiento de alimentos tiene una trayectoria de larga data en el desarrollo de estas actividades, es innegable que la crisis desatada por el efecto combinado del bloqueo y la pandemia ha implosionado la multiplicación de estos procesos. Casi el 70% de las experiencias de producción y procesamiento de alimentos encuestadas, comenzaron a desarrollarse durante el período de crisis. De esta manera, los problemas económicos profundizados por este

contexto se encuentran en el segundo lugar de importancia como motor para el desarrollo de estas actividades. Otras personas también optaron por estas actividades al encontrarse limitadas para continuar desarrollando sus antiguos trabajos a consecuencia de las medidas de aislamiento derivadas de la situación de cuarentena por la pandemia.

Pese a la situación de crisis generalizada derivada del impacto de las sanciones y la pandemia por COVID-19, encontramos que los estados de ánimo de las personas que participan en actividades de producción y procesamiento de alimentos de forma autogestionada, tienden hacia las emociones positivas. Expresiones optimistas tales como la productividad, se perciben en un 53%; el optimismo en un 52 %; y la esperanza en un 48%; son síntesis que ilustran las emociones predominantes en el marco de este estudio. Esta situación podría estar motivada por la misma actividad autogestionada que induce una sensación de resistencia al "nadar contracorriente", por el hecho de implicar la generación de soluciones propias a los principales problemas de subsistencia, que son los alimentarios.

Adicionalmente, un 26 % de las personas manifestaron sentirse "bien" y un 31% manifestó sentirse "preocupada", este último siendo un estado de ánimo entendible en un contexto de crisis como el actual. Un 13 % y 12 % de las personas manifiestan sentirse "sobrecargadas" y "angustiadas" respectivamente. Las demás respuestas dentro del espectro negativo fueron: "temerosa", "triste", "resignada", "deprimida", "nerviosa", aunque muestran poca importancia, con menos del 5% cada una.

Entre las principales limitaciones que afectan la vida diaria, la economía familiar y, sin duda, la actividad productiva, resaltan aquellas que son de acceso a hidrocarburos (gas doméstico o GLP y gasolina), seguido por el acceso regular a los alimentos. El acceso al transporte público (relacionado también con el gasoil) ocupa la cuarta posición. En la quinta posición se registra el acceso al agua potable, seguido de las oportunidades para obtener medicamentos

y electricidad (asociada esta fuente de energía al gas metano e hidrocarburos líquidos en plantas termoeléctricas complementarias a la generación hidroeléctrica nacional). Resalta que la enfermedad por coronavirus tiene una baja relevancia con un 5% apenas, lo que pareciera indicar que tiene poca importancia en el imaginario frente a dificultades más estructurales y tangibles para la sobrevivencia.

El 87% de las personas encuestadas consideraron que las medidas coercitivas unilaterales han afectado su emprendimiento de producción y/o procesamiento de alimentos, "totalmente" o "en algunos aspectos"; mientras un 7% indica que las medidas coercitivas "no han afectado sus actividades productivas" y otro 7% "no saben" o consideran que "tal vez" hay alguna afectación.

Sobre las limitaciones más concretas, en las que aparecen los efectos respecto a la moneda nacional, lo más resaltado por las personas encuestadas fue el costo elevado de los insumos y materias primas (66%), lo que es consistente con el hecho de que la compra mayoritaria de insumos se efectúa, según lo que fue indicado, en mercados minoristas, a excepción de algunos que se dan a la tarea de autoproducirlos. En segundo lugar, se reporta que el ingreso obtenido es muy bajo (casi 50%), lo que se relaciona con el alto costo de los insumos y el bajo poder adquisitivo de la población en los actuales momentos. Le siguen dos aspectos relacionados, las pocas ventas (un 34%), lo que refuerza el bajo poder adquisitivo de la población destinataria de la producción; y la dificultad para conseguir los insumos (un 24%), lo que seguramente contribuye a sus precios elevados. El acceso al transporte y el combustible ocupan un puesto medio con un 22%. Con una menor importancia se encuentra el miedo a contraer el virus al salir a la calle con un 11%; y por último se manifiesta la necesidad de buscar otras fuentes de ingreso para mantenerse (con un 9%), seguido por la necesidad de ejecutar labores domésticas que compiten con las actividades productivas (6%).

En todos los sectores etarios son los hombres quienes, en algunos casos, manifiestan que sus actividades productivas no se han afectado en nada, a pesar de que –por paradójico que pueda parecer– entre personas jóvenes y adultas son precisamente los hombres quienes predominantemente manifiestan que no pueden producir. Las mujeres adultas y adultas mayores manifiestan, tal como lo hemos indicado en mayor medida que los hombres, realizar otras actividades laborales que interfieren con el tiempo que pueden dedicar a la producción y procesamiento de alimentos. En las mujeres adultas se observa una mayor tendencia a temer por la amenaza del virus, mientras que los hombres mayores manifiestan en mayor medida presentar dificultades para conseguir los insumos necesarios para producir.

En general, cuando le preguntamos de manera abierta a las personas encuestadas en cuáles aspectos se ha visto afectada su actividad productiva como producto de las sanciones, resaltan las dificultades inherentes al acceso a materias primas e insumos, en todos los ámbitos productivos. De acuerdo al testimonio de las personas encuestadas, se encuentra limitado el acceso a: materiales de construcción; animales para cría; materiales para jaulas y techos; alimentos, medicinas y vacunas para animales; maquinaria agrícola y repuestos para su mantenimiento; mangueras y bombas para riego; semillas y agroquímicos; herramientas; envases para lombricultura; equipos de laboratorio para elaboración de levadura; insumos para el empaquetado de alimentos procesados, así como los ingredientes necesarios para su preparación (harina, leche, azúcar, papel para decorar, grapas, pegamento, bolsas, imprenta); todo lo anterior a causa de los altos costos y en gran medida por tratarse de productos importados. Así, en el ámbito agrícola, las experiencias más afectadas son las dependientes del modelo productivo agroindustrial, especialmente cuando son de gran escala, por la dificultad de acceso a los insumos (por tratarse de productos importados) y por los costos elevados del alquiler, compra o mantenimiento de las maquinarias necesarias para la

preparación, siembra y cosecha, lo que genera, en muchos casos, mayor esfuerzo en trabajo manual. La imposibilidad de acceder a insumos limita el alcance y crecimiento de las experiencias productivas. El alto costo de insumos y materia prima deriva en una ecuación básica, se traduce en altos precios en los productos finales y por ende menor posibilidad de venta y de adquisición para consumidores finales.

Otro elemento neurálgico identificado son las limitaciones en el acceso a la gasolina, las cuales se piensa que inciden en el encarecimiento de la producción, en parte porque se dificulta y complejiza la distribución, obligando al uso de transporte público, lo cual también se ve impedido por las limitaciones de acceso a efectivo. Las dificultades son aún mayores para aquellas experiencias asociadas a la actividad productiva primaria, quienes además de la distribución, encuentran afectada la posibilidad de utilización de los equipos y maquinarias que requieren del combustible para su funcionamiento. Así, las dificultades de acceso a combustible, afectan toda la cadena productiva primaria, e incrementan la dependencia hacia la intermediación, también altamente costosa, para dar salida a la producción. Todo esto genera desequilibrios y alteraciones en las dinámicas productivas y un déficit grueso, no solo en la economía de las familias productoras, sino también en la de las consumidoras por el impacto en los costos finales de los productos.

Las complicaciones de salud derivadas del virus, que afectan la vida propia y la de familiares y allegados, también se reconoce como un factor que impacta negativamente la posibilidad de atender las actividades productivas. También el deterioro de los servicios públicos que permiten el acceso al agua, a la electricidad y el gas, por mencionar los más relevantes, evita el desarrollo y expansión de las actividades productivas, en todos los ámbitos, desde el mantenimiento de cultivos agrícolas por la afectación de las capacidades de riego, hasta la transformación de los productos procesados. Otros factores como el acceso a los servicios de salud

y educación, también son reconocidos como fuentes de afectación indirecta de la actividad productiva, en la medida en que impactan las condiciones normales de la vida cotidiana. Las dificultades de acceso a repuestos también impactan el ámbito de los servicios públicos, ya que limitan la capacidad de mantenimiento de los sistemas de distribución. En algunos casos, la dependencia hacia tecnologías virtuales para la formación y capacitación (necesarias para fortalecer la práctica productiva), así como para la promoción y venta de los productos, se ve obstaculizada por las dificultades de conectividad.

En otros casos, se reconoce que la situación de crisis ha impactado incluso la capacidad del Estado para dar continuidad a las políticas públicas, como subsidios, financiamientos y apoyos con insumos, que deben dar soporte y protección a la población que más padece las carencias y que constituyen parte importante del aparato productivo. Igualmente se reconoce que el apoyo financiero por parte de la banca, pública y privada, se ha visto limitado, impactando la capacidad de las experiencias productivas para obtener recursos monetarios. Igualmente se hace mención a situaciones más estructurales sobre los problemas acarreados por las sanciones, tales como la inyección de recursos por parte del Estado a la importación de alimentos industriales, reconociendo esto como un influyente factor de decrecimiento de las experiencias productivas nacionales y de los patrones de consumo de la población. Igualmente se resalta la falta de control de precios, reconociéndose en algunos casos que gran parte del peso de esta situación recae sobre el efecto de las sanciones que inducen inflación acelerada y desestabilización de la economía. También, uno de los procesos más polémicos de la vida económica y productiva del país, determinado no sólo por su directa consecuencia económica, sino por la carga política y simbólica que representa, es la idea de la dolarización. Asociado a esto, también se reconoce la preponderancia de otras monedas extranjeras, en zonas cercanas a fronteras como el Peso colombiano, además de que estas dificultades afectan

principalmente a sujetos que dependen de salarios públicos, los cuáles se han visto considerablemente reducidos.

A pesar de la situación de pauperización, también hay quienes encuentran en la situación de crisis una oportunidad para posicionar la producción local, así como para sustituir las materias primas importadas por productos locales y nacionales.

Un 56% de la población encuestada consideró que, antes de la coyuntura de la pandemia por COVID-19, la producción autogestionada de alimentos les permitía cubrir sus necesidades familiares. Luego de la situación de la pandemia, sólo un 21% afirma cubrir sus necesidades con las actividades de producción o procesamiento de alimentos (35 puntos porcentuales menos), lo que implica que el escenario de la cuarentena ha impactado de manera determinante las actividades productivas a todas las escalas.

Cuando discriminamos esta información por edad y por sexo, notamos que existe una mayor tendencia entre los hombres al afirmar que la actividad productiva les permite cubrir sus necesidades, bien sea durante el período previo a la pandemia, o durante ésta. Particularmente entre los hombres adultos, más del 60% manifestó lograr cubrir sus necesidades con la producción y procesamiento de alimentos, antes de la pandemia. Esto nos indica que son precisamente las mujeres las que enfrentan mayores dificultades para cubrir sus necesidades cotidianas con las actividades de producción y procesamiento de alimentos.

Con la pandemia el hogar se ha profundizado como en el espacio de producción y desarrollo de la actividad productiva. Vemos que antes de esta, ya más de la mitad (un 52%) de las personas encuestadas producían en el hogar. Actualmente, este porcentaje sube a un 62% (más de 10 puntos). Todas las otras opciones de espacios que se encuentran fuera del hogar han disminuido su importancia durante la cuarentena, en relación con la importancia que ha cobrado el hogar. Cuando la actividad se desarrolla fuera del hogar, la mayor tendencia es a que se ubique dentro del territorio en el que se desarrolla su habitar (27-24%) probablemente por la

facilidad de tránsito, especialmente tomando en cuenta que la mayoría de los emprendimientos tienen una escala local.

Cuando discriminamos la información anterior por edad y por sexo, notamos que en todos los sectores etarios se presenta una tendencia diferenciada entre hombres y mujeres, que se mantiene antes y durante la pandemia. El hogar es el lugar privilegiado por las mujeres para la producción, mientras que los hombres producen mayoritariamente en otros espacios, fuera del hogar.

Por otro lado, al relacionar el lugar donde se realiza la actividad productiva con el tipo de producción, encontramos que las actividades de procesamiento de alimentos se realizan principalmente en el espacio del hogar, mientras que todas las actividades vinculadas a la producción primaria se realizan en espacios fuera del hogar, dentro del territorio de habitación. En el caso de la producción de insumos para la agricultura, vemos que durante la pandemia ha cobrado importancia la producción en el hogar.

En relación a las perspectivas de las personas encuestadas sobre los cambios que podrían producirse después de la cuarentena en las actividades de producción y procesamiento de alimentos, encontramos que existen grandes expectativas sobre el advenimiento de una mejoría generalizada en todos los eslabones de la cadena productiva.

La gran mayoría de las personas encuestadas consideran que tendrán mayores posibilidades de incrementar la venta de sus productos, especialmente porque las restricciones de movilidad se suspenderán y tendrán mayor acceso al público para ofrecer sus productos, en la medida en que podrán acceder a otros territorios y encontrar mejores oportunidades para participar en ferias y mercados, para distribuir directamente la producción. Igualmente, en algunos casos se encuentra la idea de que la capacidad de venta se incrementará porque se producirá en paralelo una mejoría de la capacidad adquisitiva de los potenciales consumidores de los productos. También, algunas personas piensan que, como consecuencia de la normalización de la situación de aislamiento, en el

futuro existirá una mayor dependencia hacia los medios digitales como mecanismos para la promoción y comercialización.

Existe la percepción de que, al suspenderse la cuarentena por pandemia, vendrá una mejoría generalizada, en donde destaca la posibilidad de incrementar los niveles de producción. En relación a los insumos y materias primas, se espera poder conseguir en mayor medida rubros indispensables, lo que se vislumbra como una consecuencia directa de la suspensión de las restricciones a la movilidad, permitiendo ampliar las opciones para su obtención a menor costo y la posibilidad de acceder en mayor medida a una mayor variedad de productos nacionales. También encontramos una expectativa generalizada en la posibilidad de que, al suspenderse la cuarentena, se presente una mejoría en el acceso al combustible, lo que impactaría positivamente la actividad productiva.

De manera general, se entiende que una mejoría de la actividad productiva derivada del cese de la cuarentena, implicaría la posibilidad de que la producción tenga un mayor impacto en el fortalecimiento de la economía familiar, local y nacional. La posibilidad de incrementar la producción y la comercialización se vislumbra como una vía que permitiría aumentar el ingreso familiar, lo que tendría un impacto directo sobre el fortalecimiento de la economía y sobre la calidad de vida. Uno de los elementos que se destaca dentro de esta proyección de mejora de la calidad de vida, es la expectativa sobre la posibilidad de tener mayor acceso a los alimentos, tanto en cantidad como en calidad. Sobre este aspecto, en algunos casos se hace alusión a las capacidades que el contexto de la pandemia ha permitido desarrollar en términos de autoabastecimiento y en otros casos se destaca la mayor posibilidad que existirá de comprar alimentos, gracias al aumento de los ingresos que generará la actividad productiva.

Uno de los aspectos que destaca entre las expectativas de fortalecimiento de las actividades productivas, es la esperanza de que el Estado impulse políticas públicas de financiamiento y apoyo a emprendedores, que permitan un mayor y mejor acceso a espacios

para la producción, a la compra de equipos y herramientas, así como de insumos, materias primas y maquinarias.

Muchas de las personas encuestadas destacaron que durante la pandemia han aprendido a valorar la actividad productiva de diferentes maneras, en función del impacto que ha tenido en sus vidas como estrategia que ha brindado capacidades de resiliencia. El ejercicio de producir, visto como una práctica que ha funcionado efectivamente para la sobrevivencia, es valorado ahora por algunas personas como un elemento indispensable para la vida, que aporta fortalezas ante las limitaciones para la subsistencia. La autoproducción del alimento, también ha despertado la conciencia sobre la importancia del autocuidado y la necesidad de transformar los patrones de consumo. Algunas de las personas que se encontraban vinculadas a la producción de alimentos desde el período previo a la pandemia, señalan que, a partir de esta coyuntura de crisis, han adquirido un mayor sentido de pertenencia, compromiso y apego por estas prácticas.

Además, la coyuntura de la pandemia ha implicado para las personas encuestadas la transformación de las dinámicas de vida asociadas al trabajo. Encontramos que existen diversas percepciones sobre la incidencia que tendrá el trabajo productivo sobre la cotidianidad posterior a la cuarentena. En primer lugar, hay algunas personas que se han dedicado al trabajo productivo a partir de la coyuntura, como una forma alternativa de subsistencia, ante la imposibilidad de dar continuidad a sus trabajos formales. Entre ellas hay quienes consideran que, una vez que cese la situación de cuarentena, retornarán a sus actividades laborales, lo que limitaría la posibilidad de dedicarse a la actividad productiva. Encontramos también personas que, a pesar de haberse dedicado a la actividad productiva como una estrategia para sobrevivir en la pandemia, proyectan dar continuidad a las labores de producción de alimentos, incluso cuando tuviesen que involucrarse nuevamente con alguna actividad laboral "formal". También, hay quienes valoran el conocimiento que han obtenido con las actividades productivas

que han desarrollado durante la cuarentena, y se plantean reproducir estos conocimientos y estrategias en sus espacios laborales "formales". Por otra parte, encontramos el caso de personas que han tenido que abandonar sus espacios de trabajo fuera del hogar, por las dificultades para costear los alquileres o para el mantenimiento de los espacios, que perciben que dichas dificultades se mantendrán aún superada la cuarentena.

No todas las perspectivas en relación a la situación posterior a la cuarentena son positivas. Varias de las personas encuestadas mostraron proyecciones de incertidumbre generalizada, así como la creencia en que el escenario de limitaciones generalizadas persistirá, en vista de que más allá de la pandemia, las medidas coercitivas seguirán generando dificultades económicas. Algunas personas piensan que la especulación, la inflación y los bajos ingresos continuarán, generando impactos directos en la producción y comercialización.

De la totalidad de personas encuestadas, casi 50% indican haber leído total o parcialmente la Ley Antibloqueo y solo un aproximado 2% señalan no tener ningún interés en el instrumento legal. Del resto de las personas, un 28% indica haber escuchado solo algunas cosas sobre la ley y otro 20% señalan tener interés en conocerla. Estos resultados muestran que la cuestión de las medidas coercitivas unilaterales es de alta importancia para las personas que actualmente se encuentran desarrollando experiencias de producción y procesamiento de alimentos, especialmente si tomamos en cuenta que una parte importante de estas experiencias (más del 60%), comenzaron a desarrollarse precisamente en el período de tiempo posterior a la aplicación de dichas medidas.

En relación a las perspectivas sobre el impacto que tendrá dicha ley sobre los emprendimientos productivos, un 55% considera que la ley contribuirá a mejorar la situación de las experiencias de producción y procesamiento de alimentos, parcial o totalmente; otro 33% considera que tal vez tendrá un impacto o que no saben cuál será el impacto; y un casi 9% consideran que la ley no tendrá

ningún impacto en las experiencias productivas. Una minoría de 2% brindó otras respuestas, casi todas orientadas a la existencia de incertidumbre sobre el instrumento legal y sus efectos.

Discusión final: reflexiones sobre el hecho productivo autogestionado de alimentos en Venezuela

El presente estudio ha servido para poner en evidencia la relevancia fundamental que tienen las actividades de producción de alimentos para el sostenimiento, reproducción y desarrollo de la vida. En el contexto de la economía rentista venezolana, en donde la gran mayoría de la población venezolana se ha mantenido enajenada de las actividades productivas durante casi un siglo, con especial énfasis en los contextos urbanos, la amenaza contra la vida que plantean las medidas coercitivas internacionales y la pandemia por COVID-19, ha aflorado la importancia que tienen las prácticas asociadas a la producción de alimentos como una herramienta estratégica.

La limitación al acceso a los alimentos es uno de los objetivos clave de la guerra multidimensional que azota a Venezuela actualmente; desde el 2014 se habla de guerra económica. Lo anterior, sumado a la crisis del rentismo, desatada por el bloqueo, entre otros múltiples factores de orden estructural, está configurando nuevas formas y estrategias para la reproducción de la vida, en donde las personas se encuentran intentando tomar en sus propias manos la solución de sus problemas, por mecanismos autogestionados, colaborativos y extensivos a la comunidad. En este escenario, el conocimiento y manejo de la producción de alimentos, representa una forma de "poder" que aporta fortalezas para dar continuidad al ciclo de la vida, especialmente en los sectores más vulnerables. El hecho de que el autoconsumo sea el segundo destino más importante para los alimentos que se producen entre las experiencias estudiadas, comprueba la relevancia que tienen estas prácticas

cuando la subsistencia se encuentra amenazada. Ante la imposibilidad de abastecer las necesidades alimentarias a través de la compra exclusiva en establecimientos comerciales, estas actividades están contribuyendo a suplir parte de las necesidades, desde la autoproducción.

Entendiendo al alimento como la base de la vida en todas sus dimensiones, vemos que la producción alimentaria es reproducción en sí misma. Por lo tanto, la producción es la garantía en muchos casos del sostenimiento material directo, rompiendo con el fetichismo del capital y la dependencia únicamente del trabajo asalariado y con ello, con la concepción de vida impuesta por el modelo civilizatorio sobre la inmensa mayoría de la población global, impactando las bases que sustentan la racionalidad moderna. La importancia vital que tiene el conocimiento y manejo de prácticas alimentarias se pone en evidencia con mayor preponderancia en las mujeres, reproductoras de vida, las que mayormente desarrollan estas actividades.

Evidenciamos una mayor presencia de experiencias productivas en el ámbito urbano, siendo principalmente de carácter individual, mientras que en las zonas rurales, donde existe una cultura más cercana a la producción de alimentos, existe una mayor tendencia a la organización familiar y comunitaria, que coincide con una mayor identificación de estas prácticas como producto de una herencia familiar, es decir, que responden a la continuidad de formas de organización tradicionales para la subsistencia, más ancladas a la familia y a la comunidad. Pero, la cuestión del territorio, no solo responde a los alcances geográficos:

> Cada región geográfica, y sobre todo los hombres que a través del tiempo actúan en ella, desarrollan un conjunto de acontecimientos que llamamos su historia. Esta historia no solamente modela los contornos físicos del país, sino a los hombres que han sido sus actores: su manera de ser, sus cualidades y sus limitaciones. Incluso dentro de la unidad grande –el país nacional- se forman

> subunidades con características propias, según se haya sido el proceso de acontecimientos locales y los elementos específicos que hayan constituido la base de su supervivencia. Es notoria, por ejemplo, la diferencia entre el hombre urbano y el hombre rural dentro de la misma unidad nacional. Más aún dentro del mismo sector de actividad, el campo, por ejemplo, se dan diferencias notables en los resultados humanos. Ello depende de la forma organizativa socio-económica de cada unidad, del mayor o menor cúmulo de acontecimientos conflictivos o consensuales que haya padecido y del tiempo que lleven en el proceso (Micheo, 1980, p. 211).

Llama la atención como en las ciudades, se concentra la mayor cantidad de experiencias productivas de carácter individual, mientras que, en las zonas rurales, donde existe un mayor anclaje subjetivo a otras lógicas y rasgos "no modernos", existe una mayor tendencia a la organización familiar y comunitaria. De forma generalizada, la intención de ayudar a otras personas es una de las principales motivaciones expresadas por la que se ejerce la actividad productiva, incluso en los contextos urbanos, lo que nos hace comprobar que, ante la crisis que pone en riesgo la vida, se activa la conciencia de que son las estrategias de apoyo mutuo y solidaridad las que aseguran la sobrevivencia; siendo estas de beneficio principal para la comunidad, donde se reproduce la vida cotidiana, activando y movilizando redes de cuidado.

Consideramos necesario resaltar que, más allá de todas las limitaciones que ha desencadenado la actual coyuntura en cuanto al acceso a insumos, restricciones de movilidad y aumento de precios, las medidas coercitivas internacionales y la pandemia han tenido un impacto particular en la implosión de experiencias productivas, especialmente en la urbanidad. Las ciudades venezolanas, tradicionalmente consideradas, en el contexto de la economía petrolera rentista, como improductivas y alimentadas por las regiones periféricas, comienzan a empoderarse de la producción como una respuesta de sobrevivencia. Todo esto está generando transformaciones en la dinámica productiva del país, y en la

tradicional división del trabajo que se configuró desde inicios del siglo XX. Queda por ver si esta transformación es temporal o si marca el inicio de una nueva configuración de la estructura económica, productiva y cultural que se sostendrá a largo plazo, constituyendo un nuevo episodio en nuestra historia.

Sin embargo, más allá de si se trata de una situación coyuntural o una transformación estructural, la actual situación representa un antecedente importante para la generación de capacidades que permitan fortalecer y diversificar las economías de escala local que, articuladas en redes de distribución e intercambio, configuran y potencian la economía nacional, en uno de los elementos estratégicos para la consolidación de soberanía: la producción y gestión del alimento, fuente primaria de la vida.

El hecho de que muchas de estas experiencias productivas aun no constituyan una base suficiente para el sostenimiento de las personas que las realizan, aún y cuando persiguen un objetivo autogestivo, puede estar relacionado con el hecho de que una importante mayoría de estas experiencias son de data reciente y apenas comienzan su desarrollo. En este contexto, notamos que las experiencias que han resultado más afectadas por la actual crisis son aquellas que, debido a una mayor escala productiva y territorial, dependen de materias primas e insumos importados, y requieren maquinarias (grandes y pequeñas) para la producción y el procesamiento de alimentos, siendo además, sus espacios productivos de difícil acceso, por encontrarse alejados del hogar. Las experiencias que presentan mayor capacidad de resiliencia ante la actual coyuntura son las que producen sus propios insumos o utilizan materias primas e insumos nacionales; que se encuentran basadas en el trabajo manual y operan directamente desde el espacio del hogar o en el mismo territorio de habitación.

Ante toda la situación descrita anteriormente, consideramos que se hacen necesarias algunas acciones que tributen a fortalecer el camino recorrido por estas experiencias hacia el cumplimiento de su objetivo autogestivo, que al mismo tiempo tributarán al

fortalecimiento de las economías locales y al encadenamiento necesario para impactar y diversificar la economía nacional. Estas acciones abarcan tres ámbitos transversales fundamentales: a) la formación, investigación, desarrollo e innovación; b) la planificación económica; c) el intercambio, acoplamiento y encadenamiento entre experiencias.

Así, consideramos fundamental, el diseño y otorgamiento de financiamientos especiales, que tomen en cuenta las condiciones particulares de las mujeres, la juventud, las personas mayores y las personas con condiciones de discapacidad o patologías; la implementación de incentivos a la innovación en tecnologías apropiables y replicables que cubran las necesidades de insumos, maquinarias, equipos y repuestos, desde las capacidades y conocimientos locales; la generación de infraestructuras resilientes y capacitación técnica para el escalamiento productivo, el incremento, masificación y diversificación de productos; la creación de programas de formación y espacios de diálogo y saberes entre experiencias de producción e innovación, para capacitar y consolidar redes de trabajo y circuitos de intercambio a nivel local, regional, nacional e internacional; el impulso al desarrollo de ferias, mercados y espacios de intercambio de productos a nivel local, logrando el acortamiento de la distribución; la creación del derecho a un Salario Básico Especial Complementario, no condicionado, dedicado específicamente a las personas que protagonizan estas experiencias desde la "informalidad" sin un salario regular ni beneficios sociales; la mejora de las condiciones de vialidad y seguridad de los espacios productivos; la simplificación de los trámites burocráticos para el registro y beneficios de funcionamiento legal; la implementación territorializada a través de un reglamento de la Ley de Semillas, que permita activar dispositivos para el acceso, intercambio y multiplicación libre de las semillas, como elemento estratégico y base fundamental de toda la cadena de producción de alimentos.

Todas estas acciones tributarán a fortalecer y encadenar estos procesos productivos, fundamentales para asegurar la sobrevivencia de la población y esenciales para diversificar y reconfigurar la estructura económica venezolana, aportando fortalezas para la consolidación de la soberanía nacional.

Podemos decir como reflexión final de este estudio que las fallas del sistema hegemónico convencional, generan potenciales motores para enfrentar los desafíos sociales, económicos y ambientales que vive hoy la humanidad. Estas, buscan transformar el paisaje de los sistemas agroindustriales mega desarrollados, y se enfrentan a no menos que la problemática sistémica reflejada en el empobrecimiento de las familias de bajos ingresos en las ciudades y de las familias campesinas, al hambre o al cambio climático, buscando devolver la categoría "social" y "ecológica" a los sistemas alimentarios levantados por los grandes emporios económicos, exigiendo y demandando que estos respondan a las necesidades concretas, materiales y hasta espirituales de la sociedad, así como su responsabilidad en el marco del desarrollo biotecnológico indiscriminado.

Estas economías de pequeña escala, cuyo centro de desarrollo es el hogar, el propio territorio o el más próximo, han dado respuesta a la vida en el contexto más restrictivo de la pandemia, el confinamiento, donde la casa, la comunidad, el sector, la región implican las fronteras de la "seguridad" y resguardo ante el virus. El trabajo fuera del propio territorio es una osada maniobra, que, aunque se mantiene para muchos sectores de la sociedad, especialmente en trabajos obreros, se ha restringido para otros, generando una mutación en las formas de adquirir ingresos familiares. En una *ética para la vida* (Ikerd, 2015, p. 3-5) vemos que el trabajo, como esfera de la vida humana, cuando se desarrolla de forma artesanal tiene cualidades particulares en cuanto a los productos finales y su organización para la producción. De esta manera "lo artesanal nos habla de una forma de producir que tiene una lógica distinta a la sola maximización de utilidades; representa, más bien, una

estrategia que ha tenido como intención sustentar la vida de las unidades familiares que la realizan" (Camacho *et al.*, 2019, p. 29-53).

Y de acuerdo a Gralton Anna y Vanclay Frank, "la producción de alimentos artesanales considerada como núcleo de estrategias de desarrollo tiene potencial por la apreciación y valoración cultural de recursos tangibles e intangibles propiedad de las sociedades dentro de las que se circunscriben" (2008, p. 193-204). Su carga identitaria acompaña tanto el proceso de producción como los alimentos finales, siendo además de gran valoración económica por constituirse con mano de obra local. Su característica artesanal, viene dada por las particularidades y formas no estandarizadas, ni homogéneas, siendo totalmente contrario a la industria alimentaria moderna. La producción local emplea las técnicas y prácticas, que son tan diversas como las experiencias existentes, adaptadas cada una a su historia, realidad familiar, posesión de tierras, factores de los bio-agro-ecosistemas, del entorno y sociedad donde se desenvuelven.

En la coyuntura actual, mucho se puede decir del rol estratégico de la producción de alimentos locales y regionales, desde la proximidad que hace posible su traslado, la disminución de costos de intermediación y con ello la mayor posibilidad de acceso, hasta el compromiso de comunidades y familias productoras, como también consumidoras, en la valoración del alimento proveniente de la localidad y distribuidos en mercados, ferias y otras formas y mecanismos directos (ahora con las tecnologías informáticas asociadas).

La intencionalidad de discernir sobre los temas y ámbitos abordados en este texto, visualiza una tarea vasta y compleja: reconocer las condiciones, estrategias y respuestas económico-organizativas de las experiencias que producen alimentos en Venezuela de forma autogestionada, frente a la incidencia de las sanciones internacionales desde 2014-2015 a la actualidad, y la pandemia mundial, que han venido agudizando las formas de violencia estructural. Y es que no existe forma de avanzar hacia una propuesta teórica,

económica, política y productiva viable que no sea reivindicando los postulados y expresiones organizativas surgidas como respuesta al más violento contexto económico, que vienen anclando los procesos de autogestión y participación activa en las acciones y decisiones económicas, políticas y territoriales de sus propias vidas productivas, eje medular para la autodeterminación y soberanía.

Bibliografía

Azzelini, Darío (2012). Economía solidaria en Venezuela. Del apoyo del cooperativismo tradicional a la construcción de ciclos comunales. *Revista Idelcoop,* (210), 19-32.

Bertolotti, Florencia y Ortubia, Eliana (2020). Experiencias autogestivas de la economía popular. Las Empresas Recuperadas y la Feria Popular de Guaymallén, Mendoza (2003-2019). *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos,* (23), 72-94.

Camacho-Vera, Joaquín Huitzilihuitl; Cervantes-Escoto, Fernando; Cesín-Vargas, Alfredo y Palacios-Rangel, María Isabel (2019). Los alimentos artesanales y la modernidad alimentaria. *Estudios sociales. Revista de alimentación contemporánea y desarrollo regional*, *29*(53). https://doi.org/10.24836/es.v29i53.700

Coraggio, José Luis (2018/2020). Potenciar la Economía Popular Solidaria: una respuesta al neoliberalismo. *Otra Economía*, *11*(20), 4-18.

Coraggio, José Luis (2020). *Economía social y economía popular: Conceptos básicos*. Contribuciones de Consejeres, Serie de

Documentos, Documento Nro 1. Buenos Aires: INAES/Ministerio de Desarrollo Productivo.

Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico*. Caracas: Nueva Sociedad.

Federici, Silvia (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas.* Madrid: Traficantes de Sueños.

Fernández-Álvarez, María (2018). Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina. *Íconos - Revista De Ciencias Sociales,* (62), 21-38. https://doi.org/10.17141/iconos.62.2018.3243

Gago, Veronica (2016). Diez hipótesis sobre las economías populares (Desde la crítica a la economía política), *Revista de Filosofía*, (30), 181-200.

Gago, Veronica (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo.* Madrid: Traficantes de Sueños.

Gago, Verónica; Cielo, Cristina y Gachet, Francisco (2018). Economía popular: entre la informalidad y la reproducción ampliada. Presentación del dossier, *Íconos. Revista de Ciencias Sociales,* (62), 11-20.

García, Néstor (2019). *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. Alemania: Calas.

Gavazut, Luis (2021). *La Economía Venezolana desde un Enfoque Inductivo.* Caracas: Luis Enrique Gavazut Bianco.

Gerig, Malfred (2020). La razón rentista y sus teóricos: la economía política en el siglo petrolero venezolano. *Anuario Latinoamericano Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, (9), 13-36.

Giménez, Lorena (2019). *Bloqueo y despojo. Preguntas y respuestas sobre las medidas coercitivas unilaterales contra Venezuela*. Caracas: Sures.

Gralton, Anna y Vanclay, Frank (2008). Artisanality and culture in innovative regional agri-food development: lessons from the Tasmanian artisanal food industry. *International Journal of Foresight and Innovation Policy*, 5(1-3), 193-204.

Gutiérrez, Erick (2019). *Crimen de lesa humanidad el bloqueo económico-financiero contra Venezuela*. Caracas: Sures.

Gutiérrez, Raquel (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Ikerd, John (2015). Toward a Food Ethic. *Journal of Agriculture Food Systems and Community Development*, *6*(1), 3-5. http://dx.doi.org/10.5304/jafscd.2015.061

López, Ociel (2015). *¡Dale más Gasolina! Chavismo, sifrinismo y burocracia*. Caracas: Casa Nacional de Las Letras Andrés Bello.

Micheo, Alberto (1980). El campesino venezolano: 20 años de reforma agraria. *Revista SIC*, *43*(425), 211-213.

Navas, Luis (2019). *La estrategia del hambreador. Medidas coercitivas unilaterales contra el abastecimiento de alimentos a la población venezolana.* Caracas: Sures.

Quiroga, Natalia [CLACSO TV] (23 de septiembre de 2021). Clase 4 - Seminario 2137 - Economías sociales y populares [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=R5KPx3cC_8Q&t=4s

Quiroga, Natalia (2019). "Repensando las economías sociales, solidarias y populares en clave de un feminismo emancipatorio".

En Natalia Quiroga y Patricio Dobrée (eds.), *Luchas y alternativas para una economía feminista.* Buenos Aires: CLACSO.

República Bolivariana de Venezuela (2020). Sanciones a PDVSA y caída de la producción petrolera 2016-2020. Venezuela: ni un solo barril ni un solo dólar. *Antibloqueo Venezuela,* (1), 1-5.

Rodríguez, Luis (2015). *Gómez: Agricultura, Petróleo y Dependencia*. Caracas: Fundación Centro Nacional de Historia.

Sures (2019a). 2019: año de la resiliencia. *Inusual & extraordinaria. Reporte sobre el bloqueo económico contra Venezuela*, (3), 3-13.

Sures (2019b). Cada vez ejercen más presión sobre Venezuela. *Inusual & extraordinaria. Reporte sobre el bloqueo económico contra Venezuela,* (2), 4-5.

Tinker, Miguel (2014). *Una herencia que perdura: petróleo, cultura y sociedad en Venezuela*. Caracas: Editorial Galac.